

PELEGRIN

(Impaciente.) Dilo pronto, loquilla. Ven acá.
¿Qué es lo que me traes?

CRUCITA

(Se sienta en las rodillas de su padre; le abraza y secreteando le dice.) Papaíto, vas á ser muy rico.

PELEGRIN

(Levantándose.) Chiquilla, no juegues; explícate de una vez.

CRUCITA

(Despacio.) Te van á dar... Espérate que me acuerde... Seiscientos mil duros.

PELEGRIN

¿Qué estás diciendo? ¿Lo has soñado, ó qué?

CRUCITA

Una cosa es soñar y otra cosa es oír.

PELEGRIN

¡Ah! ¿Lo has oído? ¿A quién?

CRUCITA

En casa de Donato oí una conversación entre él y Salomón. Hablaban bajito, pero como yo tengo un oído tan fino... tan fino...

PELEGRIN

Y en esa conversación, ¿nombraron á mi hermano Jacobo?

CRUCITA

Sí; y dijeron que habían vendido unas casas que el tío Jacobo tiene en Madrid, y que el tío viene aquí para darte los dinerales.

PELEGRIN

(Muy excitado.) Eso no es verdad, chiquilla. No es verdad, pero debiera serlo. (Con más fuerza.) ¡Debiera serlo!

CRUCITA

Y lo es. Mis oídos no me engañan.

PELEGRIN

Benditos sean tus oídos. (La besa efusivamente. Lánzase á una delirante agitación por la escena, gesticulando y dando voces.) Dueño de esos dine-

rales... ¡Ay, ay! ¡Que sea verdad, Señor!... Me daré el gustazo de hacer extensiva mi riqueza á los que nada poseen, á las clases menesterosas; ¡qué alegría! Seré el bienhechor de la humanidad... ¡Quién me lo había de decir! Fundaré doce..., quince escuelas magníficas, como no las hay en Madrid, donde los niños se instruirán con grandes maestros, revoloteando en los jardines; fundaré catorce comedores públicos, para que los hambrientos coman y se harten.

ORUCITA

Pon veinte comedores, y aún me parecen pocos.

PELEGRIN

Pues veinte, y cien dotes para doncellas pobres que se casen con obreros honrados. (Alzando la voz.) Y casas baratas para las familias humildes. (Gritando fuerte.) Y retiros para los viejos. Pelegrín no quiere nada para sí; todo para los demás. (Entra Belén, escandalizada por los gritos que da su esposo.)

ESCENA VII

LOS MISMOS.—BELÉN; después NATALIA, DOÑA ELADIA y ALFREDO.

BELÉN

¿Qué te pasa, Pelegrín? ¿Estás loco?

PELEGRIN

(Exaltándose más.) ¡Nada para mí; para mí nada: todo para el pueblo menesteroso!

BELÉN

Pero sosiégate. Estás alborotando la vecindad.

PELEGRIN

Alboroto, sí, señora; que me oiga todo el barrio y todo Madrid.

NATALIA

(Entrando asustada; tras ella Alfredo con planos en la mano, y doña Eladia con otro plano.) ¿Qué gritería es esa?

PELEGRIN

Es el júbilo de un hombre designado por

Dios para llevar un módico bienestar á las clases menesterosas.

ALFREDO

(Vivamente.) Al bajar de casa, oímos que usted hablaba con gran calor de casas baratas para obreros. Precisamente aquí traigo mis planos del barrio de casas baratas que patrocinará doña Eladia.

PELEGRIN

(Después de mirar vaga y rápidamente los planos, sigue gesticulando.) ¡Nada para mí; todo para el pueblo!

ELADIA

Amigo Pelegrín: por lo visto, usted está de enhorabuena, como yo. Comiendo en la casa de Natalia oímos sus gritos. Yo patrocinó las casas baratas, y además estoy encantada con este palacio que ha proyectado Alfredo, con un presupuesto de quinientas mil pesetas. Si usted quiere costearlo á medias conmigo, se construirá para que lo habitemos la familia de usted y la mía.

PELEGRIN

(Desdeñando mirar el plano.) ¡Déjeme á mí de

palacios, doña Eladia! Para mi modesta familia, me basta con una de las casas económicas.

BELEN

(Aparte con Natalia.) Pero, ¿están locos?

NATALIA

Doña Eladia lo está rematada.

BELEN

Y tu padre también.

ALFREDO

Si para el palacio prefiere usted al estilo Renacimiento un estilo híbrido pseudoclásico, yo modificaré el proyecto.

BELEN

(A su hija.) Me parece que tu marido tampoco está en sus cabales.

ELADIA

(A Pelegrín.) ¿Qué estilo debo preferir para mi residencia señorial?

PELEGRIN

Estilo severo, sencillo y práctico. Alfredi-

to, ocúpate desde hoy mismo en hacerme los planos para veinte escuelas graduadas, con jardines, baños, comedores, gimnasio, etcétera, etc. (Donato, que aparece en la puerta momentos antes, se detiene asombrado de los disparates que oye. Crucita va hacia él.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—DONATO

CRUCITA

Señor Donato, ya le he dicho á mi padre que va á ser rico.

DONATO

¿De dónde has sacado eso?

CRUCITA

De lo que oí en su casa cuando hablaba usted con Salomón.

DONATO

(Avanzando.) Ahora me explico el desvarío que advierto en esta casa. (Cogiendo á Pelegrín por un brazo y llevándole á la silla donde tra-

baja.) Y usted, Pelegrín, ¿da crédito á esta chiquilla, que cuenta como verdades los disparates que sueña? (Estupor general.)

BELEN

(Cogiendo á Crucita como para castigarla.) Esta tontuela es la que ha soliviantado á su padre. Tú siempre soñando. ¿Sueñas con el cofrecito de plata que te ofreció Salomón?

CRUCITA

Después de lo que oí, sueño con un cofrecito de oro.

DONATO

(A Pelegrín, que está como alelado, sin poder articular palabra.) Siéntese usted, y póngase á trabajar en la obra que le encargué. (Coge el buril y se lo pone en la mano.) No se vive de ilusiones. Y usted, doña Eladia, tome dos duros y váyase á su casa, que si tiene la herencia no le faltarán palacios góticos, clásicos ó salomónicos.

ELADIA

(Después de titubear lloriqueando, coge el dinero.) Gracias, Donato. Pero yo, con permiso de estos señores, me quedo aquí, pues tengo que esperar á don Salomón, que me ha prometido ser mi administrador... mi administrador.

DONATO

(A Natalia y Alfredo.) Y ustedes recojan sus planos, y no vengan á sacar de quicio á esta pobre gente lanzándola á los espacios imaginarios.

ALFREDO

(Con mal humor, arrollando sus planos.) Yo trabajo para el público. Entendí que mi padre político se había sacado la lotería y que doña Eladia heredaba millones.

DONATO

Sueños, castillos en el aire. Hay que vivir en la realidad. Pelegrín; ¿se ha enterado usted de lo que tiene que hacer? (Dándole una placa.)

PELEGRIN

(Balbuciente.) Que... ¿qué grabo ahora?

DONATO

Esta inscripción que me ha encargado un famoso filántropo de esta corte: *Sperate miseri.*

PELEGRIN

(Tembloroso, leyendo, con el buril en la mano.) Esperate... mi... miseri.

DONATO

Que quiere decir: esperad, desgraciados.

NATALIA y ALFREDO

Eso hacemos nosotros.

ELADIA

Esperar soñando.

CRUCITA

(Deslizándose junto á su padre, le dice al oído:) Papá, no es sueño, es verdad lo que te dije: espera, espera.

PELEGRIN

(Balbuciente.) Yo espero... Nada para mí; todo para el pueblo, para los miserables, y aquí lo estoy grabando: *Sperate miseri.*

ESCENA IX

LOS MISMOS.—SALOMÓN, que entra por la izquierda. Su presencia produce gran curiosidad y estupefacción.

SALOMON

(Fijándose en doña Eladia.) ¿Todavía está usted aquí?

ELADIA

(Acaramelada.) Esperándole á usted. Quedamos en que usted se encargará de administrarme.

SALOMON

Cuando usted tenga algo que administrar. Entretanto, yo le daré una ocupación para que no viva del sablazo más ó menos ingenioso. Usted, Pelegrín, ya veo que trabaja; eso es, muy bien.

PELEGRIN

Si, grabando; siempre grabando.

BELEN

Estamos muy necesitados, amigo Salomón. El casero nos apura...

SALOMON

Pues éste, á quien ustedes llaman el tacaño Salomón, se arranca con un movimiento generoso, y ya no sólo paga el gabinete que ocupa, sino toda la casa. Yo les pago el casero.

BELEN

Gracias, señor Salomón. Le teníamos á usted por un tacaño terrible.

CRUCITA

Papá, lo que te dije es verdad: espera... espera.

SALOMON

(A Natalia y Alfredo.) Y á ustedes, desgraciados ilusos, también les pago la casa.

DONATO

Ya le he dicho á Alfredo que se deje de dibujar palacios y mausoleos y estudie para continuar su carrera.

BELEN

(Que ha ido á la cocina y vuelve.) ¿En esta casa no se come hoy? Se está enfriando la comida. Salomón, ¿come usted con nosotros?

SALOMON

No, señora; yo ya comí en casa de Donato.

ELADIA

Pues si usted no come, comeré yo. (Risas.)

CRUCITA

Ven, papá, conmigo; estás desfallecido.

PELEGRIN

Ya grabé esperate; luego pondré miseri... miserables.

CRUCITA

Ven, papaíto. No es sueño, es verdad; ya lo verás. (Salen todos, y los últimos Pelegrín y Crucita.)

ESCENA X

SALOMÓN, DONATO

DONATO

Vendidas las casas de Jacobo Mendrugo, tú percibes diez mil duros por comisión, y de esto me das á mí la mitad, que yo te agradezco, y mucho más porque parte de ello lo invertimos en favorecer á esta pobre gente. Y ahora, los seiscientos mil y pico de duros, ¿los mandas á Buenos Aires?

SALOMON

No puedo hacer otra cosa. De aquí me voy al Banco Español del Río de la Plata, donde tengo depositada la cantidad para girarla inmediatamente.

DONATO

Lástima que ese dineral no sea para este infeliz, para este bendito Pelegrín.

SALOMON

No puede ser para él, porque, á pesar de las lecciones de tacañería que le estoy dando, no entra por el aro, y es cada día más pródigo y manirroto. Jacobo Mendrugo, al darme el poder que conoces, me impuso una obligación, que no tengo más remedio que cumplir.

DONATO

Deshereda á su hermano. ¡Qué atrocidad! Y estando tan lejos, ¿no puedes decirle que Pelegrín se ha enmendado?

SALOMON

No; es capaz de plantarse aquí para enterarse y ver por sí mismo las cosas.

DONATO

Pues ¡qué le hemos de hacer! Mándale á ese tío su dinero. (Suena la campanilla.)

SALOMON

Se lo mando, y que al recibirlo, de la satisfacción de ver cumplida su infame acción, reviente y se lo lleven los demonios.

ESCENA XI

LOS MISMOS.—CRUCITA, con un cablegrama en la mano.

CRUCITA

Don Salomón, un telegrama para usted.

SALOMON

(Abriendo.) Es un cablegrama de Buenos Aires; debe ser de ese tío pidiendo el dinero.

DONATO

(Mientras Salomón abre el telegrama.) Crucita, ¿están comiendo?

CRUCITA

Sí, señor.

DONATO

Pues vete á comer; ¿ó es que prefieres quedarte aquí para oír lo que hablamos y luego contarle á tu manera?

CRUCITA

Prefiero quedarme aquí para oír lo que ustedes hablan, y si es cosa buena, contárselo á mi papá para alegrarle la vida.

SALOMON

(Que se ha quedado atónito al leer el cablegrama.)
Crucita, quédate.

DONATO

¿Qué pasa? (Leyendo el cablegrama que le pone en la mano Salomón.) «Esta madrugada ha fallecido Jacobo Mendrugo.» Y ahora, ¿qué?

SALOMON

— Crucita, ven aquí. (La coge de la mano.) ¿Hrás lo que yo te diga?

CRUCITA

(Queriendo soltarse de la mano que la sujeta.) ¡Déjeme, Salomón!

SALOMON

No; espera un poco. No hables á tu padre de este telegrama que nos comunica la muerte de tu tío Jacobo. Dile tan sólo que el sueño que le contaste es verdad; y aquí estamos

Donato y yo para confirmárselo. ¿Harás lo que yo te digo?

CRUCITA

Hare lo que usted me manda. Es usted muy bueno, señor Salomón; es usted nuestra providencia.

SALOMON

Y tú lo mejor de tu familia. (Soltándola.) Vete ya.

CRUCITA

(Vase gritando.) Papá, papá.

DONATO

Según eso, te decides á dar á este infeliz...

SALOMON

El producto de la venta de las casas se lo entregaré sin ningún escrúpulo, sin temor de que me pida cuentas el feroz tacaño de allá. Muerta la bestia, que venga del infierno á enterarse si su hermano le iguala ó no en sordidez y tacañería.

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS. — PELEGRÍN, CRUCITA, BELÉN, NATALIA, ALFREDO, DOÑA ELADIA, que entran por la derecha.

PELEGRIN

(Trastornado, tambaleándose y balbuciente.) Salo, Salomón, ¿qué, qué es esto que me dice la niña?

SALOMON

No es sueño; es realidad. El valor de las casas que poseía en Madrid su hermano, y que asciende á seiscientos ochenta y dos mil duros, es de usted, y en el Banco Español del Río de la Plata está esa cantidad á su disposición. (Cuando esto dice Salomón van entrando los demás personajes, y permanecen un rato enmudecidos por el asombro.) Pelegrín, ya es usted rico.

PELEGRIN

¡Oh, hermano mío! ¡Y decían que eras tacaño! (Abrazando á Salomón.) Nada para mí; todo para el pueblo indigente.

DONATO

Ahora, Pelegrin, aproveche usted las lec-

ciones de economía que este amigo le ha dado; sea usted caritativo, pero no pródigo.

PELEGRIN

(Delirante.) Veinte escuelas graduadas.

SALOMON

Rebaje, rebaje.

PELEGRIN

No rebajo: veinte, y aún me parecen pocas.

SALOMON

(Aparte.) No tiene enmienda. Y al frente de una de esas escuelas, ponga á la ilustre dama doña Eladia de la Cerda y Alburquerque.

ELADIA

(Con emoción, besándole la mano.) Gracias, amigo mío.

BELEN

Y desempeñará usted el cargo hasta que entre en posesión de la herencia.

ELADIA

Eso de la herencia es una ilusión, ¡ay! Si no fuera por la ilusión, se moría una.

PELEGRIN

Treinta casas económicas para obreros honrados.

ALFREDO

Aquí estoy yo para construirlas.

NATALIA

No; déjate de construcciones. Papá te costeará la carrera de arquitecto.

PELEGRIN

Sí, conforme. Y ahora, otra cosa. Diez comedores públicos donde los pobres tengan mesa puesta dos veces al día. Yo tengo la misión providencial de repartir la riqueza equitativamente. Si no resuelvo el problema social equilibrando el bienestar entre las diferentes clases, me aproximo á la solución de este tremendo problema. Si siempre habrá ricos y pobres, yo quiero quitar á los ricos algo de lo que les sobra para dar á los pobres un poco de lo que les falta.

TODOS

Bien, bien. (Le aplauden.)

PELEGRIN

No me aplaudáis; nada para mí. Yo acabaré mis días en una vida modesta, contemplando los saludables efectos de la distribución de la riqueza que Dios ha puesto en mis manos. Y ahora falta otra cosa. Cien dotes para doncellas pobres que se casen con jóvenes honrados.

SALOMON

Alto ahí, Pelegrín. Iba usted muy bien, y ya empieza á desbarrar.

PELEGRIN

¿Por qué?

SALOMON

Porque el dinero que usted piensa dedicar á esas cien dotes debe consolidarlo en una sola dote: la de su hija Crucita, que es la gala de la familia.

TODOS

Bien, bien.

PELEGRIN

No había caído en ello.

SALOMON

Pero si usted no da pie con bola sino cuando yo le inspiro.

PELEGRIN

Crucita, encanto de mi casa. De las cien dotes hago una sola para ti.

BELEN

Hija mía, ¿quieres casarte?

CRUCITA

Sí.

PELEGRIN

Y de los hombres que tú conoces, ¿cuál preferirías para marido?

CRUCITA

(Vergonzosa.) No sé.

NATALIA

Dilo, mujer.

CRUCITA

Pues... Salomón.

SALOMON

Esta, ésta es la mía.

ELADIA

Pero la edad no corresponde. A Salomón no le conviene una niña, sino una mujer hecha y derecha.

SALOMON

Doña Eladia, déjeme de mujeres derechas ó torcidas.

PELEGRIN

Di, Crucita, ¿qué has visto en Salomón para preferirle?

CRUCITA

Le prefiero porque es el que nos ha traído la felicidad, y quiero amarrarle para siempre á nuestra familia.

SALOMON

Muy bien.

PELEGRIN

Y usted, Salomón, ¿qué cualidades ha visto en esta niña?

SALOMON

Crucita es bondadosa, caritativa, y al mismo tiempo guarda en una hucha sus ahorritos: me conviene. Seremos felices. (Se agrupan todos en derredor de la feliz pareja.)

DONATO

Con este enlace se cumplirá la voluntad de Jacobo.

PELEGRIN

Nada para mí; todo para el pueblo.

SALOMON

No está mal, Pelegrin, que usted comparta con las clases humildes la riqueza heredada, pero reservándose lo necesario para vivir decorosamente.

BELEN

Eso, eso.

CRUCITA

Del porvenir de la familia cuidará el que ha de ser mi esposo.

SALOMON

Sí, sí, tesoro mío; tu hucha y tu corazón me pertenecen. Ven á mí. (Abrazándola efusivamente.) Dichoso el instante en que dijiste: «Quiero casarme con el tacaño Salomón.»

Telón.

FIN DE LA COMEDIA

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and C^o, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridlev Bunnell*. *American Book Company*: New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.



